

Bicentenario, violencia y psicología comunitaria

Bicentennial, violence and community psychology

Nelly Patricia Bautista C.*

Recibido: 13 de mayo del 2010 **Aprobado:** 20 de septiembre del 2010

RESUMEN

Este ensayo es un llamado a entender cómo la historia de la Conquista, la Colonia y la Independencia de nuestro país tiene una base común en la violencia, la cual repercute en la actualidad mediante representaciones mentales, acciones y estrategias defensivas propias de una población sometida. La memoria histórica provee de sentido a todas las expresiones a partir de palabras, sentimientos y conceptos que constituyen el aparato mental de la colectividad, enmarcado en una coyuntura sociohistórica. Así, la psicología comunitaria debe reconocer el conector entre las raíces de nuestra historia y lo cotidiano, para crear estrategias que permitan superar las secuelas psicosociales que ha dejado un pasado marcado por el terror y la desigualdad social, buscando conciliar lo viejo con lo nuevo para enfrentar la tendencia a asumir una actitud defensiva en las relaciones humanas e institucionales. La violencia, al ser un constructo psicosocial, es objetivada por la manera en que un determinado individuo o colectivo se autodefine en el marco de su interacción social. De ahí la importancia de que el psicólogo colombiano incorpore explicaciones válidas a los hechos sociales en concordancia con una historia que aún no hemos terminado de asimilar ni superar.

Palabras clave: bicentenario, identidad, independencia, psicología comunitaria, violencia.

ABSTRACT

This essay demands to understand how Conquest, Colony and Independence history of our country has a common issue in violence which currently has effects on reality by means of mental representations, defensive strategies and actions typical of a subdued population. Historical memory provides meaning to every expression from words, feelings and concepts that constitute community's mental framework in a socio-historical juncture. Thus, community psychology should recognize the connector between roots of our history and everyday life in order to create strategies, which allow to overcome the psychosocial consequences that a history marked by terror and social inequality has left, seeking to reconcile tradition with novelty to confront the trend to assume a defensive attitude towards human and institutional relations. Violence as a psychosocial construct is objectified by the way a certain individual or group defines himself/itself as part of their social interaction's context. Hence, it's crucial for Colombian psychologist to incorporate valid explanations about social facts in accordance with history which we haven't assimilated completely nor overcome.

Keywords: bicentennial, identity, independence, community, psychology, violence.

• Cómo citar este artículo: Bautista, N. P. (2010), "Bicentenario, violencia y psicología comunitaria", en *Revista Pensando Psicología*, vol. 6, núm. 11, pp. 177-187.

* Psicóloga Social y Filósofa. Especialista en Investigación Social. Docente de la Universidad Cooperativa de Colombia, sede Bogotá.
Correos electrónicos: nelly.bautista@campusucc.edu.co, nepabacar@hotmail.com

Introducción

El interés por entender el comportamiento humano siempre ha existido dentro de las preocupaciones del hombre y de la ciencia. Desde los tiempos de la antigua Grecia, la sociedad presentaba características peculiares, debido a una estructura política basada en la ciudad-Estado, una clase social que mezclaba el comercio y el ocio, junto con una curiosidad grande hacia el conocimiento; estos elementos, al ser combinados, dieron paso a la aparición de nuevas explicaciones sobre la naturaleza, que muy pronto desembocaron en un interés por las actitudes humanas, vistas desde la concepción del hombre político y no individual, lo cual implicaba aceptar la repercusión de la historia de los pueblos en la mentalidad subjetiva.

Se trababa de reformar el Estado a partir de la formación del individuo y, al mismo tiempo, estaba la convicción de que el entorno sociopolítico nutría a la persona, dándose un proceso de retroalimentación mutua que avanzaba al ritmo de la historia de los pueblos. El concepto de *paideia*¹ estaba ligado a la idea de que el Estado podría salir de cualquier situación desfavorable a través de la virtud de sus ciudadanos (Jäger, 1995, p. 34).

Siglos más tarde, la ciencia moderna promulgó un modelo de hombre diferente al de la antigua Grecia que es el que se va a tener como objeto de estudio en la psicología positiva con la que se inicia la historia de esta disciplina. Sin embargo, este enfoque individualista se caracteriza, entre otras cosas, por su atemporalidad expresada en el predominio de los estudios sincrónicos, y cuando considera el carácter histórico de hechos y fenómenos los asume como meramente anecdóticos. Así,

la psicóloga venezolana Maritza Montero (1994, p. 28) propugna por un nuevo paradigma, que permita a la psicología comunitaria hallar el conocimiento tanto objetivo como subjetivo de los seres humanos, reconociendo a su vez el impacto de la historia en la mentalidad de los actores sociales.

La ciencia psicológica en Colombia

En nuestro contexto colombiano, sin negar que exista el individualismo como postura científica, se nos hace difícil abordar las problemáticas psicosociales desde las restricciones de la ciencia moderna. Es el concepto de hombre político y social el que debe ser ratificado si se quiere hacer una ciencia psicológica con pertinencia histórica-situacional. El enfoque comunitario se hace prioritario para entender la realidad humana que ha estado permeada por toda clase de acontecimientos políticos e históricos, tomando gran importancia los hechos de la Conquista, la Colonia y la Independencia, los cuales son cimientos de nuestra realidad psicosocial actual.

Estos hechos que demarcan la historia de nuestro país no pueden verse como sucesos del pasado, haciéndose indispensable aceptar su fuerza y vigencia en las distintas conformaciones culturales y realidades psicosociales actuales de nuestros pueblos.

Según Dilthey (1978, p. 15), los estudios humanos subjetivos, que él denomina ciencias del espíritu, deben centrarse en una definición de la realidad que englobe lo histórico y lo humano social. Es bajo ese presupuesto que la psicología comunitaria se aproxima al reconocimiento de la interacción de la historia y las experiencias, que se hacen palpables en los gestos, posturas, palabras, acciones de las personas, ideologías, representaciones sociales, como una expresión del espíritu en cada época específica.

Toda la historia forma parte de la realidad del hombre, y la nuestra no es la excepción. Por eso, al tratar de responder preguntas fundamentales como: ¿por qué actuamos como lo hacemos?, ¿cómo podemos conocernos y

¹ *Paideia*: "educación" o "formación". Era, para los antiguos griegos, la base de educación que dotaba a los varones de un carácter verdaderamente humano. Como tal, no incluía habilidades manuales o erudición en temas específicos, que eran considerados mecánicos e indignos de un ciudadano; por el contrario, la *paideia* se centraba en los elementos de la formación que harían del individuo una persona apta para ejercer sus deberes cívicos. Bajo el concepto de *paideia* se subsumen elementos de la gimnasia, la gramática, la retórica, las matemáticas y la filosofía, que se suponía debían dotar al individuo de conocimiento y control sobre sí mismo y sobre sus expresiones.

conocer a los otros?, ¿qué obstáculos culturales limitan la acción social? Todas las ciencias humanas ofrecen diversas respuestas, pero sus declaraciones son derivadas del contacto con el mundo, las ideologías imperantes, las normas sociales y culturales de la época, es decir, la experiencia de las personas.

La psicología comunitaria igualmente emite respuestas de acuerdo con su razón de ser. Al tener un enfoque interdisciplinario se nutre de todas las ciencias sociales, de acuerdo con la idea de seguir un “espíritu común”, para allegarse a los diferentes saberes y enriquecerse con la visión de las demás ciencias, abriéndose a otros conocimientos que amplían la visión de los problemas estudiados. Como fundamento de sus explicaciones y como núcleo central de su quehacer, entiende al hombre psicológico y social como una materialización y actualización del devenir histórico del mundo y de su país.

No obstante, es un inconveniente que la psicología académica en Colombia no siempre haya tenido en cuenta el sentido común de los pueblos, el impacto a largo plazo de los hechos históricos y la relación que existe entre las ideologías actuales con la manera como se construyó la nación colombiana, lo cual incluye desde el mestizaje cultural de tres continentes hasta la organización territorial en todos nuestros pueblos.

Es innegable que las ciencias no se desarrollan en el vacío, así como también que los hechos sociales no se dan de manera desarticulada de la historia: las matrices sociocultural e histórica de una época y de un sitio determinan de manera particular la construcción de la realidad de los pueblos. Por eso, la psicología comunitaria no puede desligarse de la historia del país para nutrirse únicamente de teorías generadas en contextos extraños a nuestra situación.

La realidad psicosocial de las comunidades se configura en la convergencia de mitos, relatos, saberes, creencias, monumentos e instituciones heredados que fundamentan

el conocimiento de lo que es el mundo y el hombre; el ser es la confluencia de hechos y pensamientos actuales con acontecimientos e ideas que le preceden y le trascienden a su existencia temporal.

Así, la realidad psicosocial, compuesta por el mundo, sus acontecimientos y el hombre, debe ser pensada como un conjunto que se resume en el ser integral de la existencia. El universo no puede ser abordado desde la psicología como algo fijo o estático, sino como un continuo fluir que no se desarticula de los saberes construidos bajo el efecto de la historia en las generaciones precedentes. El presente debe observarse como una realidad que remite a un desarrollo, a una evolución en el tiempo, a un proyecto que nos ha sido transmitido por tradición y que nosotros retomamos con todo su contenido y lo vamos enriqueciendo con nuevas experiencias.

Por ello, la psicología comunitaria se sustenta no sólo del cuerpo epistemológico disciplinar, sino también, y de manera importante, de la toma de conciencia histórica para reconocer el vínculo que se produce entre tradiciones y actualidad; si se ignora la fundamentación histórica de los hechos sociales sólo se podrá tener una visión parcial, relativa y contingente de la realidad y, de esta manera, su quehacer será estéril y decadente.

En este momento en que se cumplen los doscientos años de la independencia, los psicólogos comunitarios debemos hacer un llamado a la reflexión partiendo de la observación de los problemas crónicos que agobian a nuestras comunidades, reconociendo su génesis enfermiza en la Conquista, la Colonia y en la constitución de Colombia como nación independiente.

La historia de dominación configura un arquetipo en la mentalidad del colombiano que responde al resentimiento improntado; esto es observable en la construcción de dinámicas en las que predomina la agresión como mecanismo de defensa, ya que los impulsos psicológicos del individuo crean disposiciones

de conducta y moldean los procesos sociales. Entonces, los fenómenos sociales no pueden verse como hechos aislados sino como consecuencia de los procesos psicológicos del individuo, de la misma manera que los últimos son influidos por el entorno social y la cultura. Deben verse entonces como una influencia mutua y permanente:

La entidad básica del proceso social es el individuo, sus deseos y sus temores, su razón y sus pasiones, su disposición para el bien y para el mal. Para entender la dinámica del proceso social tenemos que entender la dinámica de los procesos psicológicos que operan dentro del individuo, del mismo modo que para entender al individuo debemos observarlo en el marco de la cultura que lo moldea (Fromm, 1971, p. 24).

Existe una influencia mutua entre mente y sociedad, por eso la psicología comunitaria presta atención no sólo a elementos epistemológicos y metodológicos, sino también a saberes y quehaceres cotidianos sustentados en intereses, necesidades, instintos, economía, estructura social que no se solían tomar tradicionalmente en consideración cuando la ciencia del hombre pretendía emitir leyes universales.

El entender al hombre como ser político, histórico y social provee una pluralidad de conceptos que son indispensables en el fundamento cognoscitivo de la psicología, y enfrenta elementos culturales diferenciadores del ser humano, lo cual implica una serie de consideraciones que cuestionan muchos supuestos tradicionales sobre el quehacer de esta disciplina.

En Colombia es importante partir tanto del reconocimiento del pluralismo étnico y social, como de la noción clara de la influencia ideológica del etnoeurocentrismo; éstos ponen de relieve para el psicólogo comunitario colombiano la necesidad de reconocer formas de pensamiento, categorías, pautas de comportamiento, sentido y captación de la realidad, valores y actitudes básicas como moldeadas y generadas por el trasegar histórico y que de algún modo prefiguran o le dan

ciertos rasgos peculiares a los sistemas complejos del comportamiento humano (Rodríguez, 1997, pp. 19-20).

No es que se trate de observar únicamente la realidad como el aglutinamiento endémico de una serie de debilidades. Hay que reconocer en primer lugar las fortalezas de los colombianos en las que se destacan la capacidad de lucha, el espíritu alegre, la conformación de una sociedad pluriétnica y multicultural, el sentido de solidaridad, sólo por mencionar algunas pocas.

Sin embargo, nuestro país es menos reconocido por sus fortaleza que por sus problemas graves, entre los cuales está la violencia, la cual no se limita a considerar un grupo de individuos que actúa al margen de la ley y del civismo. Ésta ha sido tan frecuente que muchos hablan de una “cultura de la violencia” puesto que se ha infiltrado en la conducta diaria de las personas. Se observa en la manera como la gente resuelve sus disputas domésticas, castiga a los niños o conduce su vehículo.

Somos una sociedad que llama a los mendigos *desechables*, extermina a los políticos porque se oponen a otros en sus ideas, asesina a los campesinos, masacra a los uniformados y secuestra a todo el que pueda. Esto es armónico con un sistema jurídico que ha popularizado frases como “vencimiento de términos”, “el delincuente era menor de edad”, “no se encontraron méritos suficientes para judicializar al ofensor” o “las pruebas son insuficientes”. También se observa la conformidad de esta violencia en las relaciones organizacionales en las que el trabajador es constantemente amenazado y descalificado observándose principalmente sus debilidades aunque sean minoritarias ante sus fortalezas, todo lo cual repercute en la salud mental de las personas.

La Conquista como origen del resentimiento

La violencia no ha sido invento de los colombianos, sino que su instauración en nuestra sociedad se remonta a la época de la Conquista,

que por su misma naturaleza trajo problemas referidos al maltrato, la esclavitud y el exterminio de la población nativa, así como la resistencia de ésta al vasallaje:

Se requiere que reconozcáis (...) y que rindáis pleitesía al Rey de España como a nuevo señor vuestro (...) Mas, si no lo hicieréis así, emplearemos la fuerza contra vosotros y os sometemos al yugo (...) como es ley frente a los vasallos rebeldes. Os despojaremos de vuestros bienes y os haremos esclavos a vosotros, vuestras mujeres y a vuestros hijos. Al mismo tiempo declaramos solemnemente que las muertes y daños que de ello recibieren lo serán por vuestra culpa y no de la Alteza, ni mía, ni de estos caballeros que conmigo vienen (Leyes Nuevas sancionadas por Carlos V, citado en Rodríguez, 1997, p. 65)

Así, durante la Conquista, la dura pedagogía de la violencia y la opresión es el constitutivo esencial del paso del no-ser al ser, del bárbaro al civilizado. Desde el momento en que el conquistador pisó nuestras tierras, la espada selló la derrota del vencido, y así tanto el vencedor como el derrotado se instauraron como forjadores de nuestra cultura: “(la violencia) es como un círculo vicioso transmitido de generación en generación se constituye en el caldo de cultivo de personas frustradas y resentidas con la sociedad, que van a engrosar las filas del conflicto social” (Arango, 2003, p. 342). La sociedad colombiana no existe sino sobre la base de la conquista, el sometimiento y el vasallaje lo cual se materializa en la cultura de la violencia.

La Colonia como instauradora de la desigualdad

En el proceso de colonización se desarrollaron diversos acontecimientos que definieron la orientación y formalización de las instituciones que sustentan nuestra sociedad. El poder de los gobernantes del Nuevo Reino fue casi absoluto en contradicción con los intereses reales españoles, de las autoridades eclesiásticas, de los cabildos y de las comunidades indígenas. Los intereses primarios

de los gobernantes no eran otros que los de enriquecerse con la abundancia de oro, plata y piedras preciosas, y se utilizaba el discurso para justificar la esclavitud de los nativos en aras de conseguir riqueza a cualquier costo.

En el fondo del proceso conquistador, la realidad demostró el interés por las riquezas en lugar del objetivo evangelizador:

La esencia de la vida, de la tierra, de la historia, de la felicidad, es el oro. Al trabajar en las minas, los indios están contribuyendo a la felicidad de la existencia humana (Salazar, 1997, p. 82).

Para supeditar la mano de obra indígena era necesario que aquellos prestaran servicio personal, hicieran de bestias de carga, tributaran en especie, trabajo o dinero, y manifestaran obediencia a sus amos; este esquema se debía sustentar en la violencia para mantenerse.

En este proceso se debe destacar el papel de la religión católica, la cual es juzgada muchas veces como alienadora y causante de injusticia durante la dominación española. Sin embargo, hubo algunos religiosos que lucharon por restaurar la justicia y la caridad hacia los esclavos y los indígenas. Reclamaban que

A este Nuevo Reino (los conquistadores) vinieron para fundar y poner el cimiento de la fe de Jesucristo, pero fueron todos tan olvidados de lo que a Dios tenían prometido, que en lugar de convertir a los indios, accedieron a allegar pecunias y vivir tan mal, que de sus malos ejemplos queda la tierra infeccionada (Fray Bartolomé de las Casas en Salazar, 1997, p. 83).

A pesar del poder que tenía la Iglesia Católica en los españoles, no logró neutralizar el sentimiento de avaricia ni las acciones de crueldad contra los nativos y africanos traídos como esclavos.

Así se construye una sociedad cimentada en la violencia que inicia con la Conquista, se afianza en la Colonia y continúa fortaleciéndose hasta hoy, ya que la historia no es lineal y aún no terminamos de “pelear” con nuestro pasado. A fuerza de su negación aniquilante, no hemos logrado todavía salir de él; quiérase

o no seguimos llevando la Colonia por dentro, porque no la hemos entendido del todo, seguimos aferrados a las mitificaciones y fijaciones conceptuales que impiden la configuración de proyectos históricos más libres y menos esquizoides.

Teniendo en cuenta los hechos mencionados, la conmemoración del *bicentenario*, según una lectura con sentido psicosocial, permite observar que los antecedentes políticos e históricos de nuestra sociedad configuran la realidad objetiva y subjetiva de las personas y sus instituciones; ejercen una influencia mutua cuya dinámica es circular, girando en torno a un eje en el que están la desesperanza, que impide la superación del resentimiento, la inmovilidad y la conducta violenta como formas de enfrentar las circunstancias difíciles que aquejan a las comunidades.

Por esta forma social de recrear nuestra historia es que podemos afirmar que sin entender la Colonia es muy difícil que podamos comprender a cabalidad el presente y prospectarnos con mayor sentido hacia el futuro.

La Independencia como evidencia de la violencia



Figura 1. Batalla de Boyacá, óleo de José María Espinoza, 1840

Fuente: <http://www.lablaa.org/blaavirtual/todaslasartes/espinoza/images/fig183.jpg>

Luego vino la independencia, de la cual estamos celebrando su *Bicentenario*. Sin embargo, este proceso no se dio en un ambiente de concordia ya que España reclamaba derechos de descubrimiento y conquista, pero los

independentistas sostenían que el hallazgo de algo da derecho cuando lo encontrado no pertenece a nadie. Por lo tanto, esta controversia se dirime por medio de la violencia manifestada según los libros de historia en la batalla de independencia que da como resultado la “patria boba”, seguida de la reconquista española que no pudo hacerse sino sobre el derramamiento de más sangre, para luego sí consolidar la independencia recobrada sobre las pérdidas humanas, económicas y sociales.

La independencia tuvo como consecuencia la acentuación de la hostilidad entre los grupos sociales ya que algunos eran partidarios de continuar con el mismo sistema político que había imperado hasta el momento, mientras que otros deseaban construir una nación totalmente diferente. La inexperta burocracia criolla no logró el consenso para solucionar los problemas gubernamentales, lo que repercutió en un extenso proceso de vacilación política que produjo un costo muy alto para la sociedad, aunque se iniciaron una serie de reformas fiscales y legales que buscaban la modernización de la economía de la nueva república independiente.

Los políticos e intelectuales colombianos del siglo XIX e inicios del XX estaban vinculados a un tipo de pensamiento moderno sin deshacerse de ciertas herencias coloniales que beneficiaban a la élite. Estuvo presente el pesimismo en relación con la calidad de la población de base sobre la cual se construiría la nueva república. Desde la Conquista, con la importación de población africana, se estableció una clasificación entre las personas de acuerdo con el color de la piel en la cual el más excluido era el negro, seguido del indio y a continuación iba una serie de mestizajes que iban mejorando su “posición” a medida que su piel fuera más clara, estando en la cumbre el blanco o criollo. De esta manera, los pueblos se vieron como masas de colores separados por grados en inferioridad y exclusión. Se forjó la idea de la pereza de los negros y el poco entendimiento de los indios. Por ello,

algunos pensadores de inicios del siglo XIX eran partidarios de “blanquear” la raza para poder alcanzar un progreso similar al de Estados Unidos.

Uno de los proyectos que se dieron luego de la Independencia fue la inmigración, promoviendo la llegada masiva de extranjeros, lo que respondía al modelo de “civilización versus barbarie” imperante en toda América y que consistía en la traída de europeos y norteamericanos para mejorar la raza del país y poder aparecer como un territorio plenamente occidentalizado. Al mismo tiempo que se pretendía imponer la eugenesia, se producía la “civilización de los indígenas” para que aprendieran el castellano como lengua y adoptaran los usos y las costumbres del resto de los habitantes del territorio nacional. El gobierno colombiano promovió a través de sus agentes diplomáticos las bondades de nuestro suelo y de nuestro clima para estimular la llegada de extranjeros (Malagón, 2007, p. 17).

Miguel Antonio Caro (1843-1909)² sostenía que para lograr el desarrollo del país se debía formar una nación unitaria en la que primaran las tradiciones de carácter europeo, con un gobierno centralista en el que las heterogeneidades culturales quedaran suprimidas, para que, con el tiempo, los resultados no europeos quedaran sumidos como un recuerdo de una etapa anterior de inferioridad del pueblo colombiano, que no podría competir con el nuevo orden sociocultural (Caro, citado en Morales, 1998, p. 40).

Luis López de Mesa (1867-1967)³ señalaba que a Colombia le hacía falta madurar para estar a la altura de los pueblos dominantes. Dicha infancia se debía a los tres “troncos” raciales mezclados entre sí, que producían un obstáculo para el desarrollo. También era partidario de promover una inmigración masiva de europeos blancos para asegurar la homogeneidad y así mejorar la raza a la vez que

reduciría aquella que impedía el acceso a la civilización (López de Mesa, 1907, citado en Morales, 1998, p. 40).

La discriminación racial, recogida de la Colonia y fortalecida en la Independencia, conlleva problemas de identidad, resentimiento y abuso de poder que aún son visibles en la realidad actual, provocando rebeldía en la población, a veces como una reacción instintiva de defensa y otras como una respuesta consciente de las personas que se oponen a la injusticia.

La aceptación de la violencia como modo de vida

Con los hechos violentos de hoy observamos la supervivencia del pasado que se refleja en los años subsiguientes a la Independencia. El siglo XIX estuvo atravesado por las guerras civiles y el XX sumido en problemas políticos, especialmente entre conservadores y liberales; no contentos con todo este desastre, en las últimas décadas hemos vivido uno de los peores conflictos internos cuyos protagonistas han sido la guerrilla, los paramilitares, el narcotráfico, la parapolítica, el terrorismo, el sicariato y todas las combinaciones que de ellas pueden surgir.

Este conflicto ha dejado un sinnúmero de familias con miembros asesinados, millones de desplazados con su respectivo empobrecimiento y desarraigo cultural; hombres paranoicos, resentidos, entristecidos y con poca confianza en el futuro.

Las consecuencias de tanta guerra llaman a la intervención de una ciencia comprometida y conocedora no sólo de los hechos, sino especialmente de la manera como se manifiestan sus secuelas en los grupos humanos. La desigualdad social que estos problemas transmiten son asuntos que no pueden pasar desapercibidos para el científico social de esta región del mundo.

Por otro lado, tampoco hemos avanzado lo suficiente en alcanzar la igualdad: hace doscientos años los criollos se levantaron porque

² Presidente de Colombia de 1892 a 1898.

³ Destacado humanista y científico colombiano con marcado pensamiento racista.

querían ser iguales a los españoles, tener los mismos derechos y libertades, ser autónomos, gobernar sus propios territorios, y esa lucha aún no ha sido resuelta, por lo que nos hace recapacitar en que esta problemática es un tema obligado para la psicología comunitaria.

La desigualdad en nuestro país se manifiesta mediante la discriminación hacia las minorías étnicas, el pensamiento o la orientación política, la clase social y hasta la religión; dicho desnivel repercute en conductas y sentimientos que reflejan un deterioro de la salud mental en los diversos grupos humanos. La riqueza está concentrada en unos pocos, mientras la mayoría es pobre y no goza de beneficios. Colombia tiene un porcentaje muy alto de familias en la pobreza y eso todavía no lo hemos superado a pesar de llevar doscientos años de lucha por la igualdad.

En la celebración del *Bicentenario de la independencia*, Colombia es todavía un país que no logra instaurar una estabilidad en términos de paz, tranquilidad y convivencia; sobre todo no llegamos a “independizarnos” de la desigualdad, asunto que es de primera importancia para la psicología comunitaria que desde su quehacer profesional lucha por dar un lugar destacado a los actores sociales mediante sus saberes populares, buscando así impulsar la corresponsabilidad y fortalecer la identidad como medio para encontrar el equilibrio.

El psicólogo latinoamericano debe luchar para alcanzar la verdadera liberación del impulso agresivo como única forma de respuesta a los estímulos negativos, ya que se ha comprobado que el camino de la violencia no trae sino más desastres; la alternativa es la convivencia social, el empoderamiento, la solidaridad, el afianzamiento de la identidad nacional e histórica, que son los caminos de la psicología comunitaria.

Si la historia de nuestro país está cimentada sobre el heroísmo de nuestros próceres, a nosotros nos corresponde continuar con la labor comenzada por ellos, buscando asimilar

que el pasado y el presente no estén separados por un abismo sino que formen parte de un aprendizaje constructivo y enriquecedor que permita superar los hechos negativos para no repetirlos más.

La independencia que se conquistó hace doscientos años se debe defender por siempre, ya no a través de la violencia sino mediante la cultura de paz, la convicción de que todo lo que hacemos y pensamos está afectando a los otros, lo que nos lleva a enfocarnos en el cambio de una postura defensiva y ofensiva por una actitud altruista y cooperativa. Sólo así lograremos redefinir el concepto de independencia.

No debemos pensar que con la liberación de la Colonia todo quedó hecho. Los psicólogos comunitarios sabemos que lo único que ha pasado es el tiempo ya que los problemas sociales son los mismos de aquella época y toca enfrentarlos con ánimo liberador, desde nuestra propia idiosincrasia y afianzando la identidad como pueblo.

La psicología comunitaria debe ser una ciencia comprometida con los problemas reales y, en nuestro caso, recordar que tenemos uno de los más altos índices de desplazamiento mundial, que hace mucho dejamos de ser el segundo país con más riquezas hidrográficas y que la guerra comenzada en la Conquista no sólo no ha cesado, sino que configura unas psicopatologías que repercuten en el estancamiento del desarrollo del país.

No hay abismo entre el pasado y estos días que estamos viviendo. Nosotros no tendremos otro “20 de julio”, pero cada día de nuestra existencia es una oportunidad para romper ese círculo vicioso de la violencia que no nos permite desarrollarnos de acuerdo con nuestro trabajo.

El enfoque comunitario de la psicología propone un paradigma alternativo al que se ha impuesto por tanto tiempo en la ciencia positiva. Para que nuestro trabajo sea fecundo, es importante recordar la historia y sentirnos incorporados a ella:

Cuando comprendamos que nuestra sangre no es distinta a la sangre de los héroes y que sólo de nosotros depende continuar la obra, Policarpa, José María, Simón o Manuela ya no serán nombres lejanos serán... tan cercanos como nosotros como Valeria, Esteban, Pedro [...] Todavía queda mucho que cuidar y defender (*Érase una vez un país*, 1810-2009).

El grito de la independencia es una oportunidad para recordar y detallar qué somos como nación, de dónde procedemos, cuáles son las raíces de nuestros principales conflictos psicosociales aún no resueltos; así, nos preguntamos por la posibilidad de integración y de continuación de una historia que quedó suspendida sin definirse, dentro de los parámetros de la dependencia social, la desesperanza aprendida y la inconformidad demostradas a través de una oposición sin sentido a todo lo que significa norma, ley o parámetro moral, como única forma de expresar que no nos sentimos libres.

En este momento es importante reflexionar sobre el pensamiento de Carlos Arango cuando dice que

La violencia en Colombia no es más que la resultante de la sumatoria de los actos u omisiones intencionales de todos los colombianos. En este contexto, es pertinente preguntarnos de qué manera y en qué sentido los psicólogos colombianos estamos contribuyendo a recrear y reproducir esta situación de violencia. ¿Realizamos nuestro trabajo profesional haciendo caso omiso de la existencia de este problema? ¿Actuamos de manera reactiva frente a este fenómeno, quedándonos reducidos al trabajo de la rehabilitación, la intervención en desastres y la realización del inventario sobre los efectos psicosociales de la violencia? ¿Estamos cooptando los subproductos de la violencia y convirtiéndolos en un negocio rentable y respetable, que no modifica en nada la situación del país? O ¿escasamente introducimos modificaciones en el contexto personal del que puede pagar un servicio psicológico? En el nivel personal ¿nos colocamos como espectadores pasivos o como víctimas de la violencia social? La indiferencia, la apatía, la pasividad, además de ser indicadores de un estado depresivo es el terreno a partir del cual se legitiman y se afirman las acciones de los violentos (Arango, 2003, p. 336).

Es fundamental que sepamos que como psicólogos tenemos la responsabilidad de crear estrategias de trabajo dentro de nuestro quehacer diario, que ayuden a revertir este proceso y a construir una cultura de la convivencia y la proactividad. También se debe fortalecer la identidad según el principio de “Colombia para los colombianos”, lo cual nos obliga a pensar en nuestra realidad particular que debe ser el eje fundamental de la ciencia, especialmente cuando su objeto de estudio es el ser humano.

De esta forma, este enfoque psicosocial nos permite acceder conceptualmente a los fenómenos sociales tanto en su dimensión objetiva como subjetiva de una manera integral, haciendo posible reconocer ordenadamente la complejidad de la vida cotidiana, la realidad social y la importancia de partir de la particularidad cultural e histórica para, de esta manera, construir estrategias apropiadas a las problemáticas que nos afectan.

La conmemoración bicentenario no es un asunto de nombres y fechas que ya pasaron labradas en la historia con la sangre de miles, sino que ante todo es la oportunidad para revisar el presente desde ese pasado de opresión y rebelión, sellado con signos de ignominia pero también de dignidad. En el ejercicio de memoria histórica encontramos la ocasión para establecer, desde la Conquista y la Colonia, las contradicciones y los conflictos no resueltos en nuestra nación, los cuales, como en un ser vivo, permanecen entre nosotros impidiéndonos vivir con justicia y convivencia.

La violencia está presente en todas las formas de la realidad colombiana, se manifiesta en la concentración de la riqueza o injusticia social; la ausencia de soberanía; la renuncia a un modelo de desarrollo propio reemplazado por la apertura de los mercados en detrimento de los productores nacionales; la agresión como recurso y condición para el control social, con prácticas simbólicas heredadas del imperio hispano: descuartizar, exhibir los cadáveres y las partes del vencido, desterrar a los que nos

estorban. Con mucha razón podemos decir que si bien tuvimos la independencia, quedó pendiente la realización del duelo y el ajuste mental como un complemento a esta revolución social que debe llevarnos a la práctica de la libertad dentro del respeto por nosotros, por el otro y por nuestro país.

Con todo esto, no podemos conformarnos con hacer una psicología basada únicamente en teorías anacrónicas y alejadas del ingrediente histórico, popular y subjetivo. Esta disciplina en Colombia reclama un mayor compromiso no sólo de los psicólogos sino también de las instituciones del Estado, para que se realice el ejercicio desde una perspectiva comunitaria con visión histórica, ya que es en los grupos sociales en los que se manifiestan la mayoría de los problemas psicológicos que nos ha heredado esta historia de opresión y negación. **P**



Figura 2. Niños del grupo guerrillero Farc
Fuente: *El País*, 10 de diciembre del 2009

Referencias

- Arango, C. (2003), *Psicología comunitaria de la convivencia*, Cali, Universidad del Valle.
- Dilthey, W. (1978), *Introducción a las ciencias del espíritu*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Fromm, E. (1971), *El miedo a la libertad*, Buenos Aires, Paidós.
- Érase una vez un país* (15 de noviembre del 2009), [documental], Envigado, Instituto Educativo Comercial.
- Jäger, W. (1995), *Paideia*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Malagón, M. (2007), "La acción pública de inconstitucionalidad en la Colombia del siglo XIX", en *Revista Estudios Socio-Jurídicos*, núm. 9, pp. 207-231, Universidad del Rosario, Bogotá.
- Montero, M. (1994), "Un paradigma para la psicología social", en *Construcción y crítica de la Ps. S.*, México, Anthropos, pp. 27-45
- Morales, J. (agosto-1998), "Mestizaje, malicia indígena y viveza en la construcción del carácter nacional" en *Revista de Estudios Sociales*, núm. 1, pp. 39-43.
- Rodríguez, E. et ál. (1997), *La filosofía en Colombia*, Bogotá, El Búho.